



Soviética. Produjo en el país, más que otra cosa, una sensación de alivio, mientras se realizaba el cambio exterior, hacia la "coexistencia pacífica" en el sentido que todos conocemos. Los paralelismos terminan aquí, porque la sociedad soviética no pudo ir tan allá como se proponía Krutchev, que fue finalmente sustituido, y por razones bastante ostensibles: una de ellas, que la sociedad soviética está esclerotizada, y el estalinismo la impregnó mucho más allá de lo que se podía creer; otra, que el cerco exterior no ha cesado y se está reanudando ahora, con la colaboración de esta misma China posmaoísta, lo cual la ha obligado a nuevas contracciones en su régimen interior y con respecto a los países del Pacto de Varsovia. La situación de China es distinta. Los sucesivos movimientos interiores —de la "Escuela de las cien flores" a la "Revolución cultural" y las campañas pro y contra Confucio— han mantenido la política interior dentro de una movilidad mayor; además, lejos de estar sometida a un cerco, desde hace unos años —desde el deshielo con los Estados Unidos y la ocupación de su puesto en la ONU— goza del estímulo y de la

demonio" ante un enemigo superior. Desde un punto de vista militar y político, ha sido muy difícil de imaginar, siempre, un ataque soviético abierto a China. ¿Lo creían posible, verdaderamente, los grandes dirigentes chinos, o lo estaban utilizando para presentarse ante el pueblo y ante el mundo con una política que parecía la opuesta al internacionalismo comunista y, sobre todo, al propio revolucionarismo chino que pretendió crear una "ONU de pobres" y una serie de organismos antiimperialistas en los años en que estaba cercada?

Puede deducirse de todo ello, con muy poco margen de error, que los veloces cambios políticos de China no incluyen, por ahora, una reconciliación con la URSS. Todo lo contrario, corroboran una noción mantenida ya desde hace años: la de que China se presta enteramente al juego antisoviético para recibir los beneficios de Occidente. El tema puede enunciarse de dos maneras bastante diferentes, sin que tenga una mucha facilidad mental para discernir cuál es la verdadera: o China se occidentaliza para defenderse de la URSS, o se enfrenta con la URSS para poderse occidentalizar.

él esta tendencia—, es, por una parte, recibir la ayuda económica, la inversión de capitales y la llegada de la técnica de Occidente, por la vía del Japón o por la de otras naciones intermediarias, pero siempre a partir de la cabeza de Occidente, que es Estados Unidos. Y pretende también dar a cambio su calidad de país comunista que sirva de otro punto de comparación distinto del de la URSS. Muy principalmente en Asia, donde las diferencias con el Vietnam son ya bien notorias y donde Corea del Norte podría recibir esa influencia inmediatamente; pero también en África, en Latinoamérica. Y con los "eurocomunismos" con los que, distancias salvadas, la nueva posición china podría tener algún parecido. China ha mantenido distancias considerables con el eurocomunismo, que finalmente no son mayores que las que mantienen los Estados Unidos; parece que, últimamente, se van ilizando esas diferencias, y aún existen sospechas —aunque desmentidas— de que Santiago Carrillo se haya entrevistado con Hua Kuo-feng en Rumania y de que haya otras formas de contacto entre el eurocomunismo y Pekín.

rante los años franquistas, la inversión extranjera se producía con la garantía de una legislación laboral que impedía las huelgas, y de una situación social y económica que suministraba una mano de obra barata. En China, estas condiciones se multiplican. Ni huelgas, ni carestía de mano de obra, ni falta de obreros. Una industria manejada con el sentido de productividad del capitalismo y con la facilidad de prestación de trabajo del comunismo puede ser de oro. No es posible ignorar lo que todo esto tiene de relación con nuevas formas de colonialismo, a las que, por otra parte, ninguna otra potencia de Occidente es ajena. Pero para un país que ha hecho una revolución costosísima para liberarse de estas formas de opresión y que ofrecía perspectivas nuevas, el paso atrás es de una trascendencia enorme. La posibilidad de que la desesperanza cunda entre los países colonizados es inmensa, si es que esta progresión china llega a desarrollarse en este sentido. Y teniendo en cuenta que la lucha por el poder no está todavía decidida, aunque parece que cada día avanza más, y con mayor velocidad, en el sentido de la toma de poder por Teng Hsiao-ping. Al que difícilmente se puede acusar de haber cambiado: en el curso de su vida ha sido varias veces apartado del poder por Mao y por Hua, por mantener ideas económicas y políticas parecidas, aunque expresadas entonces con la timidez que la situación requería. No hay que descartar que, dentro de su propia continuidad, haya un resentimiento fuerte contra Mao y contra Hua Kuo-feng en todo este movimiento de Teng.

La incógnita en todo este movimiento que se desarrolla es la posibilidad de respuesta de la Unión Soviética. Moscú se está viendo atacado en todos los frentes, desde el cambio de situación de Oriente Medio a partir de la conferencia de Camp David a la incursión china por los países del Pacto de Varsovia, desde los posibles cambios en Argelia como consecuencia de la carencia de Bumedian hasta las nuevas presiones en Asia. No parece que Moscú tenga más que tres alternativas en este momento: o abrir una ofensiva sobre un nuevo frente, o encastillarse en sí misma, como en los peores momentos del cerco —que produjo, no olvidemos, el estalinismo; pero que hoy sería difícil con la abundancia de disidencias y con los independentismos de las naciones del Este—, o tratar de modificar su régimen en el mismo sentido que lo hace China. Tres alternativas igualmente malas. En un horizonte posible está la guerra, con todas sus consecuencias; en otro, un golpe duro al comunismo y a todos los revolucionarismos actuales. ■



Denostado hace algún tiempo a través de los "dazibaos", como el que aparece en la fotografía, Teng Hsiao-ping se ha convertido en nuevo hombre fuerte de la República Popular de China.

atención de todas las potencias occidentales. No ha tenido escrúpulos para ello en sostener actitudes de política internacional contraria a los intereses revolucionarios de numerosos países. La "obsesión rusa" —el miedo a una guerra con la URSS— ha representado un papel muy importante en esta evolución. Se pueden tener muchas vacilaciones a la hora de sospechar que la "obsesión rusa" no haya sido más que una cortina de humo para justificar la adhesión a Occidente, como "alianza con el

La palabra "occidentalizar" quizá sea, todavía, excesiva. No es fácil que una potencia asiática de la historia, la tradición, la cultura y la evolución social de China se occidentalice. Pero no sería un caso único. Le ha sucedido al Japón, aunque para ello tuviese que perder —teóricamente— una guerra trascendental para su historia; y aún así, el Japón tradicional se mantiene bajo la espesa capa occidentalista. Lo que pretende China —o lo que pretende Teng Hsiao-ping, si personalizamos en

Esta necesidad de mantener un régimen comunista aún dentro del cambio hacia Occidente se refuerza por la necesidad que tienen los posibles nuevos inversionistas —privados o estatales— de que el régimen no cambie; es decir, de aprovechar la capacidad de disciplina del pueblo, su laboriosidad creada por los años de régimen comunista y su sometimiento para tener una producción industrial importante. Este movimiento se ha manifestado en varias ocasiones, y los españoles lo conocemos: du-